



Vista general de Arucas

Arucas, la ciudad ganada a pulso

José A. Alemán

La llegada a Macondo del hielo fue el primer contacto con la industria moderna de los fabulosos habitantes de García Márquez. Para los aruquenses lo fue el convoy de carretas tiradas por tozudas yuntas crujiendo bajo las 350 toneladas de la máquina azucarera que aquel día de diciembre de 1883 vieron aparecer por la revuelta cercana al lugar donde estuvo el primitivo asentamiento aborigen. Juan Ladeveze, comerciante de Las Palmas, cónsul francés y socio de Alfonso Gourié, el dueño de la máquina, cronicó el asombro en la carta que envió a El Liberal agradeciendo a los isleños su ayuda y colaboración en el laborioso traslado de las piezas del tremendo artilingio desde el Puerto de La Luz a la Era de San Pedro. Todos pusieron a

disposición sus animales de arrastre y el ingenio ancestral para habérselas con la endemoniada orografía y las gentes salían al paso de la esforzada comitiva camino real adelante, hacia Arucas, donde la población aguardaba para admirarse ante las míticas calderas. Sabían del vapor gracias a los barcos que se arrimaban a la aún fresca primera piedra del puerto. Seis o siete años después La Pepa comenzaría a tiznar las fachadas de Triana con el hollín de la combustión del carbón. Poco más tardaría la central eléctrica de la Plaza de la Feria. Pero la máquina azucarera poseía otras connotaciones: era la solución a las penurias sobrevinidas tras el hundimiento de los precios de la cochinilla. Los grancanarios todos comprendieron bien lo que podría significar la industria azucarera de regreso al esplendor económico que conocie-

ran por primera vez con la cría del insecto tintorero.

Arucas, en cabeza

Lo sabían mejor que nadie los aruquenses. Ellos superaron antes que los demás las aprensiones de los ensayos iniciales de la cochinilla, allá por la década de los 30. No podía ser bueno, dijeron, un bicho que agostaba los ricos tunos pero los agricultores de la entonces villa vislumbraron el negocio, apostaron y les salió bien. En 1860 Arucas era pobre, apenas 4.000 almas y 970 vecinos y una riqueza imponible de 400.000 rvn. de la que tres quintas partes estaba en manos de propietarios no residentes en el municipio. Unas esmirriadas cosechas de batatas y cereales –las papas se les «enmalezaban» año sí, año también–



oficiaban de agricultura y el escaso dinero circulante lo aportaban los sombrereros que recorrían la isla con sus fabricados artesanos y los canteros que iban a labrar donde hiciera falta la piedra de Arucas obligada en cualquier edificio que se precia- ra. El presupuesto municipal rebasa- ba en poco los 20.000 rvn.

Veinte años después la cochinilla había obrado el milagro: 8.000 almas y 2.170 vecinos, una riqueza imponible de 800.000 rvn. y sólo una cuarta parte de propietarios foráneos. En 1884 el presupuesto municipal alcan- zaba ya los 215.547 rvn. En el censo de profesiones y oficios había médicos, maestros, algún abogado, amaños de lo que se necesitara y las calles comenzaron a llenarse de una arquitectura sobria y elegante y de establecimientos comerciales que ini- ciaban sus pinitos con mercaderías menos relacionadas con la agricultura que con el bien estar. El hundimiento repentino de los precios de la cochini- lla fue, por tanto, catástrofe mayor en Arucas que había saboreado las mie- les de la pujanza económica y cono- cido refinamientos como el de los «chocolates Mejías», origen de la fá- brica La Isleña que en 1932 incorpo- raría a la elaboración del cacao la de pastas.

Deseaban, pues, los aruquenses el esplendor perdido y consideraron la máquina azucarera y el liderazgo de Alfonso Gourié, que la encargó a Duncan and Stewart, de Glasgow, la solución que evitaría a muchos el desenraizamiento de la emigración. Por eso, el 9 de mayo de 1884, cuando la máquina comenzó a bufar con el vapor de las calderas sobre los 2.000 metros cuadrados de su solar, los cilindros del molino a exprimir caña y a escupir bagazo, los tachos a cristalizar jugos y las turbinas a dis- criminar azúcares y melazas y se produjo el primer quintal de azúcar, que se envió al Hospital de San Martín, hubo grandes festejos en la villa. Llenaron las calles la alegría y de esperanza. Luego, varios años después, las vicisitudes de los mer- cados y la miopía del Gobierno cen- tral, tan criticada por los cónsules británicos en los informes anuales a su Gobierno, redujeron las utilida- des del azúcar pero ya sin el drama- tismo de la ruina de la cochinilla por- que el plátano apuntaba el inicio de

una nueva etapa de florecimiento y la azucarera acabó reconvertida en destilería de aguardientes y licores. Lo que tampoco estuvo mal.

Arucas y la modernidad

La columna vertebral del devenir histórico de Arucas fue la Heredad, creada en 1505 para el aprovecha- miento y mejor distribución de las aguas que discurrían por los cauces de los barrancos, en especial el Ba- rranco de la Virgen, eje de la activi- dad tanto tiempo conjunta de Aru- cas y la vecina Firgas. La Heredad cobró especial protagonismo desde que la agricultura decimonónica de la comarca alcanzó cotas de renta- bilidad no conocidas desde la etapa de los ingenios azucareros del XVI y que se mantendrían durante el XX hasta nuestros días. Obtener más caudales de agua para extender las superficies de los cultivos fue cuida- do de la Heredad que a principios

de este siglo construyó los dos pri- meros embalses del archipiélago. La Heredad fue el instrumento princi- pal de la burguesía aruquense para liderar e impulsar el desarrollo de la villa, colaborando tanto en la mejo- ra de las comunicaciones terrestres con la capital insular como en infi- nidad de obras de interés común en- tre las que figura de manera rele- vante la iglesia parroquial de San Juan Bautista, abierta al culto en 1917. La «catedral» se antoja hoy sín- tesis de toda una época: allí está la espiritualidad de Arucas, la constata- ción de su capacidad de iniciativa y del valor del esfuerzo colectivo y una adscripción arquitectónica al neogótico del modernismo gaudiano con el aprovechamiento de la tradi- cional labra de la piedra como sím- bolo de la inserción plena en las corrientes de la época. En 1894 la concesión del título de Ciudad a la villa de Arucas significó el reconoci- miento de los méritos acumulados. Un título ganado a pulso. ●



Casa de la Cultura